

El pequeño pez negro

(Cuento de Samad Behrangi, traducido del persa al francés por Ata y del francés al castellano por J. L. Simón)

Era la víspera de la cuarta noche de invierno. En el fondo del mar un viejo pez había reunido a sus doce mil hijos y nietos y les contaba esta historia:

“Había una vez un pequeño pez negro que vivía con su madre en un pequeño arroyo que brotaba de las rocas. La casa del pequeño pez negro y de su madre se encontraba detrás de una piedra negra bajo un techo de algas.

El pequeño pez negro era hijo único porque de los 10.000 huevos que puso su madre fue el único superviviente. La madre y el hijo pasaban juntos todo el día. A veces se mezclaban con los otros peces, iban y venían muy rápidos en un espacio pequeño.

Él deseaba, al menos una vez, ver el claro de luna en su casa.

Desde hacía algunos días estaba preocupado y hablaba poco. Iba de un lado para otro, cansado y sin entusiasmo. La mayor parte del tiempo iba detrás de su madre. La madre creía que su hijo estaba sufriendo y que esto pasaría pronto. Pero el malestar del pequeño pez negro venía de lejos.

Un día, antes del amanecer, despertó a su madre y le dijo:

- Madre, querría hablar contigo.

La madre, medio dormida, respondió:

- Querido hijo ¿Ahora? No es el momento. Hablaremos más tarde. ¿No es mejor ir a pasear con los otros?
- No, madre, yo no quiero pasearme más. Yo querría marcharme de aquí.
- ¿Es necesario que te vayas?
- Sí, madre, es necesario que me vaya.
- Yo querría ir a ver dónde acaba el arroyo. ¿Sabes, madre? Desde hace meses sueño con esto. Ayer no pude cerrar el ojo. Finalmente he decidido ir a encontrar el final del arroyo. Me gustaría saber lo que ocurre más lejos.
- También yo cuando era niña, pensaba lo mismo que tú. Pero, en fin, querido, el arroyo no tiene principio ni fin. Es así. Se desliza siempre y no llega a ninguna parte.
- Vamos a ver, madre. ¿No tiene todo un principio y un fin? El día comienza, la noche acaba, la semana, el mes, el año...
- Olvídате de esas cosas. Levántate y vamos a pasearnos que no es momento de hablar de estas cosas.
- No, madre, estoy cansado de los mismos paseos. Quizá pienses que alguien me ha influido. Está claro que he aprendido muchas cosas de unos y de otros. Por ejemplo, he comprendido que la mayor parte de los peces se quejan de todo y de haber vivido una vida inútil y vacía. Se lamentan y maldicen su suerte

continuamente. Yo querría saber si es verdaderamente vida ir y venir en espacio tan pequeño hasta la vejez y nada más. ¿No se puede vivir de otra manera en este mundo?

Cuando acabó, su madre dijo:

- Querido hijo, ¿has perdido la razón? ¡El mundo, el mundo! ¿Qué significa? El mundo es esto, donde estamos, y la vida es lo que tenemos...

Un gran pez se acercó por su casa:

- Vecina, ¿por qué discutes con tu hijo? ¿No pensáis pasearos hoy?

La madre salió de su casa y le dijo:

- ¡Qué tiempos! Ahora los hijos quieren enseñar cosas a sus padres.
- ¿Cómo es eso?
- Mira dónde quiere ir este infante. No para de repetirme,” yo quiero ir a ver lo que pasa en el mundo”. ¡Grandes palabras!

La vecina se dirigió al pequeño pez negro:

- Pequeño, dime, ¿desde cuándo eres tú sabio y filósofo? ¡No sabíamos nada!
- Señora, yo no sé a quién dice usted “sabio” y “filósofo”. Yo sé que no quiero continuar con estas idas y venidas, ni ser feliz sin razón, abrir un día los ojos, llegar a la vejez y darme cuenta de que soy todavía el mismo pez ignorante que no ha visto ni comprendido nada en su vida.

La vecina:

- Oh, ¡qué palabras!
- Jamás habría pensado que mi único hijo sería así. Me pregunto quién le habrá influido.
- Madre, nadie me ha influido. Yo tengo un cerebro y pienso. Yo tengo ojos y veo.

La vecina dijo a la madre:

- Amiga, ¿te acuerdas del caracol sinuoso?
- ¡Ah, sí, tienes razón, ése seguía demasiado a mi hijo. ¡Que dios lo maldiga!
- ¡Para, madre! Él era mi amigo.
- ¡Nunca se había oído hablar de amistad entre un caracol y un pez!
- Yo jamás había oído decir que hubiera enemistad entre ellos y sin embargo lo habéis separado.

La vecina replicó:

- Cosas del pasado.

El pequeño pez negro respondió:

- No soy yo el que ha sacado el tema.

Su madre dijo a la vecina:

- Se merecía eliminarlo. ¿Has olvidado sus idas y venidas y lo que decía?
- Elimínadme a mí también porque yo digo lo mismo que él.

El tono de su discusión llamó la atención de otros peces. Las palabras del pequeño pez negro los irritaba. Uno de los viejos peces dijo:

- ¿Piensas que se tendrá piedad contigo?

Otro dijo:

- Éste necesita un pequeño escarmiento.

La madre del pequeño pez negro dijo:

- Marchaos. No toquéis a mi hijo.

Uno de los peces murmuró:

- Señora, si usted no educa a su hijo como es debido, sufrirá las consecuencias.

La vecina continuó:

- Siento vergüenza de ser vuestra vecina.

Otro pez sugirió:

- Puesto que aún no es peligroso, hagámosle correr la misma suerte que al viejo caracol.

Cuando los peces quisieron coger al pequeño pez negro, sus amigos lo rodearon y lo libraron de aquel acoso.

La madre lloraba y repetía:

- Voy a perder a mi hijo. ¿Qué puedo hacer?
- Madre, no llores por mí sino por estos peces ignorantes.

Uno de los peces gritó desde lejos:

- No nos insultes, pequeño.

Otro:

- Si te vas y te arrepientes, no te dejaremos volver.

Un tercero:

- Sólo son deseos de juventud. No te vayas.

Un cuarto:

- ¿Qué defectos le encuentras a nuestro arroyo?

Un quinto:

- No hay otro mundo. El mundo está aquí. Vuelve.

Un sexto:

- Si vuelves a ser razonable y regresas, entenderemos que eres un pez inteligente.

Un séptimo:

- Mira,..estamos acostumbrados a verte aquí...

Su madre dijo:

- Ten piedad de mí, no te vayas. No te vayas.

El pequeño pez negro no tenía ya nada que decir. Algunos de sus amigos lo acompañaron a la cascada y regresaron. Mientras los abandonaba les dijo:

- Hasta la vista. Espero que volvamos a vernos.

Sus amigos le respondieron:

- Jamás te olvidaremos. Nos has abierto los ojos. Esperando volver a vernos, hasta la vista, amigo sabio y valiente.

El pequeño pez negro bajó la cascada y cayó en un lago. Al principio se encontró perdido, después comenzó a nadar y dio una vuelta por el lago. Hasta este día jamás había visto tanta agua en el mismo sitio. Millares de renacuajos pululaban. Desde que vieron al pequeño pez negro se rieron de él y le dijeron:

- ¡Qué tipo más raro! ¿De qué especie eres tú?

El pequeño pez negro los observó y dijo:

- Yo soy un pez. ¿Cómo os llamáis vosotros?

Un renacuajo respondió:

- Nosotros nos llamamos renacuajos.

Un segundo dijo:

- De buena familia y hermosos.

Un tercero continuó:

- Más hermosos que nosotros no se encuentra nada en el mundo.

Otro añadió:

- Nosotros no somos como tú, deforme y feo.

El pequeño pez negro, con una sonrisa burlona, respondió:

- Nada me haría pensar que fuerais tan engreídos. Pero entiendo. Decís todo eso por ignorancia.

Los renacuajos respondieron a la vez:

- ¿Quieres decir que somos ignorantes?
- Si no lo fuerais sabrías que hay en el mundo muchos otros seres que se encuentran muy hermosos.

Los renacuajos se pusieron nerviosos. Pero como vieron que el pequeño pez negro sólo decía la verdad, intentaron una diversión.

- De todas maneras tú te cansas por nada. Nosotros paseamos todos los días, de la mañana a la noche por el mundo. Pero aparte de nuestros padres no vemos a nadie más, excepto a los pequeños gusanos que no cuentan nada.
- Vosotros no salís del lago. ¿Cómo podéis pretender ver el mundo?
- ¿Hay otro universo aparte de éste?
- Al menos deberíais preguntaros de dónde viene esta agua y si existe algo fuera de aquí.

- ¿Fuera del agua? Pero ¿qué dices? Jamás hemos visto nada fuera del agua. Ja, ja, ja. Tú estás loco.

El pequeño pez negro estuvo a punto de reventar de risa. Pero pensó que era mejor dejar a los renacuajos y partir. Después pensó que era preferible decir dos palabras a su madre y preguntó:

- ¿Dónde está vuestra madre?

Bruscamente, una voz aguda lo sobresaltó. Una rana sentada sobre una piedra al borde del lago saltó al agua, se puso junto al pequeño pez negro y dijo:

- Aquí estoy. ¿Qué quieres?
- Buenos días, señora.

La rana, disgustada, respondió:

- No es el momento de hacerte el interesante. Estos son sólo niños. ¿Quieres impresionarlos? Yo he vivido lo suficiente para comprender que el mundo se reduce a este lago. Es mejor que te ocupes de tus asuntos y no desvíes a mis renacuajos de su camino.
- Aunque vivieras cien veces serías una pretenciosa y estúpida rana.

La rana, nerviosa, nadó en dirección del pequeño pez negro. El pez se movió rápidamente y partió como un rayo removiendo el sedimento, el lodo y los gusanos del fondo del lago.

El valle era sinuoso y el agua del riachuelo se había multiplicado, pero si hubiéramos podido mirar desde lo alto de la montaña el fondo del valle, hubiéramos visto el riachuelo como un hilo azul.

En un lugar una roca se había desprendido de la montaña y había caído al fondo del valle, junto al riachuelo. Un lagarto, grande como la palma de la mano, estaba tendido sobre la piedra. Se deleitaba con el calor del sol. Miraba a un gran cangrejo redondo que estaba sentado al fondo del arroyo sobre la arena donde el agua era menos profunda. El cangrejo se comía una rana que acababa de cazar.

Repentinamente el pequeño pez negro lo vio y tuvo miedo. Desde lejos le dijo, ¡buenos días!

El cangrejo lo miró con malas intenciones y le respondió:

- ¡Qué pez tan educado! Acércate, pequeño, acércate.

El pequeño pez negro le respondió:

- Voy a visitar el mundo y no quisiera caer en tus manos.
- ¿Por qué lo ves todo negro? ¿Eres miedoso, pequeño pez?
- No soy miedoso ni pesimista. Describo lo que mi juicio me dicta.
- Bien, dime pues, qué ven tus ojos y qué dice tu razón. ¿Imaginas que voy a cazarte?
- No te hagas el inocente.
- ¿Lo dices por la rana? Eres totalmente inocente. Yo tengo una rabia especial hacia las ranas, por eso las cazo. ¿Sabes? Ellas piensan que son los únicos seres

que hay en el mundo y son felices. Pero yo quería hacerles saber a quién pertenece el mundo. Por tanto, no tengas miedo, querido, avanza, ven..

El cangrejo pronunció estas palabras y comenzó a caminar de lado y reculando hacia el pequeño pez negro. Su marcha era tan ridícula que involuntariamente el pez rió y dijo:

- Desgraciado. Aún no has aprendido a andar, ¿cómo puedes saber a quién pertenece el mundo?

El pez se mantuvo a distancia del cangrejo. De golpe, una sombra pasó sobre el agua y súbitamente un violento golpe hundió al cangrejo en la arena. El lagarto, viendo el aspecto del cangrejo, se carcajeó de tal manera que se resbaló y estuvo a punto de caer él mismo en el agua. El cangrejo no consiguió liberarse. Fue entonces cuando el pequeño pez negro vio un pequeño pastor de pie junto al agua. Miraba al pez y al cangrejo. Un ganado de ovejas y de cabras se acercó al riachuelo. Hundieron sus hocicos en el agua. Sus balidos invadían el valle. El pequeño pez negro esperó hasta que las cabras y los corderos acabaron de beber y se marcharon. Entonces llamó al lagarto:

- Querido lagarto, voy a buscar el final del riachuelo. Pienso que tú eres sensato y querría preguntarte.
- Pregúntame lo que quieras.
- En el camino me han atemorizado hablándome del pelícano y del pez sierra. ¿Puedes hablarme de ellos?
- El pez sierra y el pelícano no se encuentran por aquí. En particular este pez que vive en el mar. Pero el pelícano podría estar un poco antes. Lleva cuidado y no te dejes atrapar en la bolsa de su pico.

El pequeño pez negro preguntó:

- ¿Qué bolsa?

El lagarto, pacientemente, respondió:

- El pelícano tiene bajo su cuello una bolsa que contiene mucha agua. Nada por la superficie del agua. Regularmente los peces son atrapados en su bolsa y van directamente a su estómago. Pero si el pelícano no tiene hambre los guarda de reserva en su bolsa para comérselos más tarde.
- Y si un pez entra en su pico ¿ya no puede salir?
- No hay ninguna posibilidad. A menos que desgarre la bolsa. Te voy a dar un puñal por si acaso te atrapa.

Entonces el lagarto se deslizó por la hendidura de la roca y volvió con un minúsculo puñal. El pequeño pez negro lo cogió y le dijo:

- Querido lagarto, eres muy amable, no sé cómo agradecértelo.
- No es necesario que me lo agradezcas, amigo. Tengo muchos puñales. Cuando no tengo nada que hacer me siento y los fabrico con pinchas de las plantas y los regalo a los peces prudentes como tú.
- ¿Ha habido ya otros peces que hayan pasado por aquí antes que yo?
- Han pasado muchos. Y ahora se han convertido en un grupo que importuna al pescador.

- Perdóname, pero una cosa lleva a otra, espero que no me encuentres indiscreto, dime, ¿cómo lo molestan?
- Como son muchos, cuando el pescador lanza su hilo, ellos bajan al fondo del mar y lo enganchan.

El lagarto miró hacia la hendidura de la roca, prestó atención y dijo:

- Regreso. Mis hijos se han despertado.

El lagarto desapareció por la hendidura de la roca y el pequeño pez negro, perplejo, continuó su camino. No paraba de hacerse preguntas. Una tras otra.

- Veamos, ¿es que el riachuelo desemboca en el mar?
- ¿Puede el pez sierra tener el valor de matar a los de su raza y comérselos?
- ¿Qué enemistad podría tener el pelícano con nosotros?

El pequeño pez nadó y reflexionó. En cada lugar del camino vio y aprendió cosas nuevas. Ahora disfrutaba bajando las cascadas hecho una bola y nadando. Sentía el calor del sol sobre su espalda y cobraba fuerza.

En un lugar una cabra montesa bebía precipitadamente. El pequeño pez la saludó:

- Hermoso cabrito, ¿por qué tienes tanta prisa?
- Me persigue un cazador. Me ha disparado una bala aquí.

El pez no vio el sitio de la bala pero comprendió que estaba herida cuando la vio correr cojeando.

Más lejos las tortugas reposaban al calor del sol. Más allá las risas de las perdices llenaban el valle. El perfume de las plantas impregnaba el aire, flotaba y se mezclaba con el agua.

Por la tarde, el pequeño pez negro llegó a un sitio donde el valle se ensanchaba. El agua atravesaba un bosquecillo y había aumentado tanto su volumen que el pequeño pez negro disfrutaba nadando. Enseguida encontró muchos peces. Desde que había dejado a su madre no había visto tantos. Algunos peces minúsculos se reunieron a su alrededor y dijeron:

- Parece que no eres de aquí.
- No. Vengo de muy lejos.
- ¿Dónde quieres ir?
- Querría ir a ver el fin del riachuelo.
- ¿Qué riachuelo?
- Éste en el que nadamos.
- Nosotros lo llamamos río.

El pequeño pez negro no dijo nada. Uno de los pececillos le dijo:

- ¿Sabes que el pelícano se encuentra en el camino?
- Lo sé.
- ¿También sabes que tiene una gran bolsa?
- También lo sé.

- ¿Y a pesar de eso quieres ir?
- Sí, es necesario que vaya a toda costa.

Rápidamente corrió entre los pececillos el rumor de que un pequeño pez negro que venía de lejos quería ver el fin del río y no tenía miedo del pelícano. Algunos pececillos estuvieron tentados de irse con el pequeño pez negro pero por miedo de los mayores no dijeron nada.

Algunos dijeron:

- Si no estuviera el pelícano nos iríamos contigo pero tenemos miedo de la bolsa del pelícano.

Junto al río había un pueblo. Las mujeres y las chicas lavaban en el río la fregaza y la ropa. El pequeño pez negro escuchó algún tiempo su murmullo y miró a los niños bañarse. Él se marchó nadando sin parar hasta la caída de la noche. Se acostó bajo una piedra. A media noche se despertó y la luna lo iluminaba todo. El pequeño pez negro quería mucho a la luna. Las noches en que el claro de luna iluminaba su curso de agua tenía ganas de deslizarse fuera y decirle algunas palabras. Pero cada vez, su madre se despertaba, lo arrastraba bajo las algas y lo volvía a acostar. El pequeño pez se dirigió a la luna y la saludó:

- Salud, pequeño pez. ¿Qué haces aquí, lejos de tu casa?
- Visito el mundo.
- El mundo es muy grande. No puedes visitarlo todo.
- No importa. Iré hasta donde pueda ir.
- Me hubiera gustado estar a tu lado hasta la mañana, pero una gran nube negra se dirige hacia mí y me va a impedir iluminar.
- Bella luna, me gusta mucho tu claridad, me hubiera gustado de todo corazón que me iluminaras siempre.
- Querido pececito, realmente yo no creo mi luz. El sol me ilumina y yo reflejo la luz sobre la tierra. Dime, ¿has oído decir que los hombres.....

La luna no tuvo tiempo de acabar. La nube negra llegó y tapó la visión de la luna y la noche volvió a ser oscura. El pequeño pez se quedó solo. Durante algunos minutos, sorprendido y estupefacto, miró la oscuridad, enseguida se metió bajo la piedra y se durmió. Se despertó al amanecer. Sobre su cabeza vio algunos pececillos que cuchicheaban. Cuando lo vieron despertarse le dijeron todos a una:

- Buenos días.
- Buenos días. Finalmente me habéis seguido.

Uno de los peces dijo:

- Pero nuestro miedo sigue.

Otro dijo:

- Sólo pensar en la existencia del pelícano nos intranquiliza.
- Pensáis demasiado. No hay que pensar constantemente. Cuando comencéis el camino, el miedo desaparecerá completamente.

Pero cuando quisieron partir vieron el agua cerrarse a su alrededor. Todo se hizo oscuro y no había ninguna salida. El pequeño pez negro comprendió enseguida que estaban presos en la bolsa del pelícano y dijo a los pececillos:

- Amigos, hemos caído en la trampa-bolsa del pelícano, pero nos queda una posibilidad de escapar.

Los pececillos comenzaron a gemir y uno de ellos dijo:

- No podemos escapar. Por tu culpa. Nos has engañado. Nos has apartado del buen camino y nos has llevado al error.

Otro dijo:

- Ahora él va a tragarnos y todo habrá acabado para nosotros.

Imprevistamente, una terrorífica carcajada envolvió el agua. Era la risa del pelícano que reía y decía:

- ¡Qué pescados tan minúsculos he atrapado! Verdaderamente ..tengo piedad de vosotros. Ni siquiera tengo valor para comerlos..Ja, ja, ja...

Los minúsculos pececillos le dijeron suplicantes:

- Excelencia Señor Pelícano. Desde hace mucho tiempo sólo hemos oído elogios de Usted. ¿Tendría la bondad de abrir su bendito pico para que podamos salir? Os estaríamos eternamente agradecidos.

El pelícano les respondió:

- No quiero comerlos ahora. Tengo pescados de reserva. Mirad abajo...

Algunos peces de todos los tamaños se encontraban al fondo de la bolsa. Los minúsculos peces dijeron:

- Su Alteza, Señor Pelícano, nosotros no hemos hecho nada, somos inocentes, es este pequeño pez negro el que nos ha desviado del buen camino....

El pequeño pez negro dijo:

- Miedosos. ¿Imagináis que este pelícano mentiroso es un pozo de clemencia para que le supliquéis así?
- Tú no sabes lo que dices, verás cómo su Majestad el Señor Pelícano nos perdonará y te comerá a ti.

El pelícano dijo:

- Sí, os perdonaré con una condición.
- Sí, Excelencia, diga su condición.
- Estrangulad a este pez intrépido para obtener vuestra libertad.

El pequeño pez negro se apartó de ellos y les dijo:

- No aceptéis. Este pájaro tramposo quiere que nos matemos entre nosotros. Tengo un plan....

Los peces minúsculos sólo pensaban en su salvación. Sólo en eso . Y se dirigieron hacia el pequeño pez negro. Pero él se retiró al fondo de la bolsa y dijo en voz baja:

- ¡Cobardes! De todas maneras habéis caído en la trampa. No tenéis ninguna posibilidad de salvación y sois más vulnerables que yo.

- Debemos estrangularte, queremos nuestra libertad.
- ¿Habéis perdido la razón? Aunque me estranguláis no encontraréis la libertad. No os dejéis seducir y engañar por este pelícano.
- Dices eso por salvar tu pellejo. No piensas en nosotros.
- Escuchadme bien. Voy a enseñaros el camino. Voy a hacerme el muerto entre los peces sin vida. Entonces veremos si el pelícano os libera. Si no aceptáis os eliminaré con este puñal, desgarraré la bolsa y huiré y tanto peor para vosotros.

Uno de los pececillos lo interrumpió y gritó:

- Cállate ya. No aguanto más escuchar tus palabras.

Y se puso a llorar. El pequeño pez negro vio sus llantos y dijo:

- ¿Por qué os habéis traído a este pez redicho?

Entonces sacó su puñal y lo blandió ante sus ojos. Se vieron obligados a aceptar su propuesta. Simularon un alboroto y el pez negro fingió estar muerto. Enseguida ellos subieron y dijeron:

- Su Alteza Señor Pelícano, hemos estrangulado al intrépido pez negro.

El pelícano rió y dijo:

- Habéis hecho bien. Ahora, para recompensaros voy a tragáros vivos para que deis un buen paseo por mi vientre.

Los minúsculos peces no tuvieron tiempo de reaccionar y fueron lanzados al estómago del pelícano. Así se deshizo el pelícano de ellos. Pero a la vez el pequeño pez negro había tenido tiempo de desgarrar de un golpe de puñal la bolsa del pelícano. Él huyó. El pelícano gritó de dolor y metió la cabeza en el agua pero no pudo seguir al pequeño pez negro.

El pequeño pez negro nadó y nadó hasta el mediodía. Ahora, la montaña y el valle eran invisibles. El río atravesaba una llanura horizontal y descubierta. De derecha e izquierda algunos pequeños riachuelos confluían y aumentaban su caudal. El pequeño pez negro gozaba de la abundancia de agua. Bruscamente le volvieron sus temores y vio que el río no tenía fondo. Iba de un lado al otro y no tocaba ninguna orilla. Había tanta agua que el pez se perdía. Nadaba libremente. Su cabeza no chocaba con nada. De golpe vio un animal largo y grande atacarlo como una centella. Estuvo a dos dedos de la boca de un pez sierra. El pequeño pez creyó por un momento que el pez sierra iba a trocearlo. Escapó y subió a la superficie. Momentos después regresó al fondo. En su descenso encontró un banco de peces. Miles y miles de peces. Preguntó a uno de ellos:

- Amigo, soy extranjero, vengo de lejos. ¿Qué es esto?

El pez llamó a sus compañeros y dijo:

- Mirad, uno nuevo...

Y enseguida le dijo:

- Bienvenido al mar.

Otro pez añadió:

- Algunos riachuelos desembocan en los ríos y los ríos en el mar. Otros cursos de agua pueden perderse en marismas o en lagos.

Otro dijo:

- Puedes unirte a nosotros.

El pequeño pez negro estaba feliz de llegar finalmente al mar:

- Desearía primero explorar estos lugares. Después me uniré a vosotros. Quisiera estar con vosotros cuando engancháis el hilo del pescador en el fondo del mar.

Uno de los peces dijo:

- Pronto será satisfecho tu deseo. Ahora ve a pasearte, pero si subes a la superficie presta atención a la gaviota. Porque en este momento ella no teme a nadie y cada día caza cuatro o cinco peces. No nos deja tranquilos.

Entonces el pequeño pez negro dejó el grupo y se puso a nadar. Poco después regresó a la superficie del mar. Un hermoso sol brillaba. El pequeño pez negro sentía los rayos del sol calentar su espalda y se complacía. Tranquilo y alegre nadaba y se decía: “la muerte puede fácilmente golpearme. Pero mientras pueda lo evitaré. Está claro que un día yo estaré frente a ella. Lo importante es qué huella dejará mi vida y mi muerte en la vida de los otros..”

No pudo continuar mucho tiempo su reflexión. Una gaviota llegó, lo cazó y se marchó volando. El pequeño pez se debatió en el largo pico del pájaro. La gaviota le apretaba tan fuerte la espalda que comenzaba a perder el conocimiento. ¿Cuánto tiempo puede un pez estar fuera del agua?, se preguntó el pequeño pez. Esperó por un momento que el pájaro se lo comiera enseguida para beneficiarse al menos del agua y la humedad de su vientre para así retrasar algunos minutos su muerte. El pequeño pez negro dijo a la gaviota:

- ¿Por qué no me comes vivo? Soy uno de esos peces que al morir son venenosos.

El pájaro no dijo nada y pensó: ¡ “Oh, el listillo, quiere hacerme hablar para que lo suelte”!.

A lo lejos apareció la tierra y se acercó poco a poco. El pequeño pez pensó: “si llegamos a tierra, se habrá acabado para mí”. Y dijo a la gaviota:

- Sé que quieres llevarme a tus polluelos, pero mientras llegamos a tierra estaré muerto y mi cuerpo estará lleno de veneno. ¿Por qué no tienes piedad de tus hijos?

La gaviota pensó: “la prudencia es buena cosa. Me lo comeré y para mis hijos pescaré otros... Pero, veamos, ¿no es una trampa? No, no, él no puede hacer nada.

Mientras la gaviota se preguntaba estas cosas sintió el cuerpo del pez blando e inmóvil. Entonces reflexionó:”Está muerto y ahora no puedo comérmelo. He malgastado inútilmente a este delicado y tierno pez.”

Entonces interpeló al pequeño pez:

- ¡Eh, pequeño! ¿Aún estás vivo para que te coma?

No pudo terminar su frase porque al abrir el pico, el pequeño pez negro saltó y comenzó un vertiginoso descenso. La gaviota se dio cuenta de que había sido engañada. Comenzó a perseguir al pez. Éste se sumergió como un relámpago en el aire. El deseo ardiente de agua le proporcionó fuerzas. Entregó sus secas aletas a la humedad del viento del mar. Pero tan pronto cayó en el mar y recobró el aliento, la gaviota se abalanzó rápida sobre él. Esta vez lo atrapó con tal rapidez que él no comprendió lo que le había ocurrido.

Sentía simplemente que todo era húmedo, sombrío y sin salida a su alrededor. Entonces distinguió llantos. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, vio un pez minúsculo encogido en un rincón. Lloraba y llamaba a su madre. El pequeño pez negro se acercó y dijo:

- Pequeño, levántate y piensa en una solución. ¿Qué significa esto? ¿Lloras y llamas a tu madre?
- ¿Quién eres tú? ¿No ves que estoy a punto de morir? Oh, mamá, ya no podré ir contigo para llevar el hilo del pescador al fondo del mar, muá, muá...
- ¡Para! Deshonras a los peces de tu especie.

Cuando el minúsculo pez paró de llorar el pez negro le dijo:

- Quiero eliminar a la gaviota para traer la paz a los peces. Pero antes es necesario que te envíe fuera para que no armes escándalo.
- ¿Cómo vas a eliminar a la gaviota tú que estás a punto de morir?

El pequeño pez negro le enseñó su puñal y dijo:

- Voy a desgarrar su vientre. Ahora escúchame bien. Me voy a mover en todos los sentidos para hacer cosquillas al pájaro y cuando abra su pico y comience a reír a carcajadas, tú saltas afuera.
- ¿Y tú entonces?
- No pienses en mí. No saldré hasta que no la elimine.

El pequeño pez negro comenzó a moverse en todos los sentidos en el vientre de la gaviota haciéndole cosquillas. El pez minúsculo se colocó junto a la entrada del estómago del pájaro. En cuanto abrió el pico y se puso a reír a carcajadas, el pez minúsculo salió y cayó en el mar. Esperó pero no vio salir al pequeño pez negro.

De golpe la gaviota gritó y se retorció en todas direcciones. Se debatía, descendía y cayó en el mar. Se agitó hasta que cesó todo movimiento. Pero el minúsculo pez no tuvo ninguna noticia del pequeño pez negro. Y hoy todavía nadie sabe lo que le ocurrió...”

El viejo pez acabó su relato y dijo a sus doce mil hijos y nietos:

- Hijos míos, ya es la hora de acostarse.

Los hijos y nietos dijeron:

- Abuela, no nos has dicho lo que le ocurrió al pez minúsculo.

El viejo pez respondió:

- Eso será para mañana noche. Ahora es hora de dormir. Buenas noches.

Los once mil novecientos noventa y nueve pequeños peces dijeron: “Buenas noches” y se fueron a acostarse. La abuela se durmió también. Pero un pequeño pez rojo, a pesar de sus esfuerzos, no pudo dormirse. Hasta la madrugada pensó en el mar inmenso....

.....

Samad Behrangi nació en 1939 en Cherendab, distrito de Tabriz, provincia de Azerbaijan. Murió ahogado en el río Aras en 1968. Se cree que la SAVAK, policía política del Sha de Persia, estuvo detrás del accidente.